



EL CAMPO DEL PEREZOSO

Una tarde de otoño risueña y apacible, en que el espíritu pretende elevarse hasta las regiones celestiales para rendir un tributo de adoración al Todopoderoso, uno de esos padres que consideran como su primer y principal deber consagrarse á la educación de sus hijos, cruzaba con Víctor y Alvaro, las dos prendas más queridas de su corazón, un estrecho sendero que conducía á uno de los alrededores más pintorescos de un pueblo de provincia.

Este celoso padre había pasado por la escuela para llamar á Víctor y Alvaro, y habiéndole advertido el profesor su aplicación y buen comportamiento, le pareció justo y en razón premiar de alguna manera á tan estudiosos niños: de aquí el que después de haberse provisto de una abundante y escogida merienda, tomasen por el sendero por donde acabamos de verlos pasar, dirigiéndose á un pequeño campo por cu-

ya sus márgenes corría un riachuelo, de poco fondo, pero cuyas aguas bastaban á amenizar sus orillas y á dar alimento á las sedientas raíces de los sauces, cuyas elevadas cimas y frondoso ramaje presentaban una agradable sombra aún en las horas en que el sol brillaba con más intensidad.

Allí fué donde aquel bondadoso padre y sus dos hijos convinieron en pasar algunas horas, tendiéndose luego en el césped, convidados por lo ameno y solitario del lugar, y por las mil variadas flores que le tapizaban; al mismo tiempo los pajarillos saltando de rama en rama hacían sonar sus robustas gargantas con sus dulces y apasionados cantos.

—¿Qué pajarillo será aquel?... mírelo V., papá... No hace más que saltar entre las ramas... ¿No ve V. cómo aparece y desaparece, todo en un momento?... ¡Qué pequeñito es, papá!...

—Aquel es el pájaro *inquieto*, querido Víctor, condenado á vivir siempre entre las espesuras de las zarzas, sin que pueda nunca subir á los árboles á gozar del sol y del hermoso azul del cielo.

—¿Y por qué, papá?... preguntaron los dos niños á la vez...

—Porque era tal su inquietud y desasosiego, contestó el buen padre, que no hacia otra cosa en todo el dia que dar vueltas y más vueltas de árbol en árbol y de rama en rama, sin tener un momento de reposo, molestando de tal manera á los demas pajarillos, que ni aun sus nidos podian hacer en paz. Así fué, hijos míos, que una mañanita de Mayo se reunieron todos los pájaros más laboriosos, y comenzaron tan de veras á pedir á Dios les librase de tan enfadosa compañía, que oyendo enternecido tan fervorosa súplica, condenó al pequeño pajarito á vivir solo entre las zarzas y los matorrales.

—¡Pobrecito!... dijo Víctor, que era naturalmente compasivo.

—Pues si fuera yo, papá, añadió Alvaro, teniendo alas como tiene él, echaria á volar, subiendo á los árboles más altos.

—Harias mal, hijo mio, porque el desobediente á los mandatos de Dios no tarda mucho en sentir los terribles efectos de su inflexible justicia.

¿No te acuerdas ya de lo que has leído el otro dia en la *Historia Sagrada*, de la mujer de Lot, que el Señor convirtió en sal por haber vuelto la cabeza á mirar lo que pasaba á su espalda, despues de prohibírsele por boca de sus ángeles?

Pero oye y verás cómo al pajarito le sucedió una cosa parecida. Quiso, como tú acabas de decir, remontarse y

salir de los límites que Dios le habia señalado; pero en el mismo momento se quedó sin alas; luego, al verse así, que le costaba mucho trabajo el buscar su sustento, comenzó á enflaquecer y á ponerse tan triste, que no hacia más que gemir y llorar todo el dia; entónces, el Señor, compadecido de él, le devolvió sus alas, pero tan pequeñas, que sólo puede dar vuelos muy cortos, como vosotros mismos podeis convenceros si lo observais un poco.

—Pero yo no sé, papá, cómo el *inquieto*, como V. llama á ese pajarito, hiciera tanto daño con andar así de un lado al otro, añadió Alvaro, para que Nuestro Señor le castigase de esa manera.

—¿Tú no ves, hijo mio, que tanto los pájaros como los niños revoltosos é inquietos molestan á sus compañeros y les distraen en sus ocupaciones? ¿No os acordais de aquel niño que iba á vuestra escuela, del que me hablábais varias veces, diciéndome que nunca estaba sosegado y tranquilo, de modo que no os dejaba atender á las explicaciones del profesor?

—Es cierto, papá... me acuerdo que siempre estaba jugando, y hasta alguna vez nos rompía nuestros libros, y por eso el profesor tuvo que echarle de la escuela.

—Ahí tienes tú; á ese le sucedió lo del pájaro de que estamos hablando; por no estar quieto fué á pasar por la vergüenza de ser arrojado de la escuela.

En esto se levantaron los dos niños, y dieron á correr por las orillas del pequeño riachuelo cogiendo flores y mariposas, asustando á los pájaros, que huian delante de ellos posándose de una en otra rama á una prudente distancia.

A poco de haberse separado Víctor y Alvaro de su querido padre, se encontraron con otro niño que, sentado sobre un pequeño montecillo, parecía dominado por un acerbo pesar, según así daban claras señales las lágrimas que á torrentes caían por sus infantiles mejillas.

Estaba vestido como los aldeanitos del país, y á pocos pasos de él se veían apacentando tranquilamente algunos corderillos la fresca y húmeda hierba del campo; era, á lo que parecía, un pastorcillo de los muchos que por aquel lugar solían guardar ganados.

Víctor, como de más edad, se acercó al pobre niño á preguntarle la causa de su tristeza; pero el infeliz cada vez lloraba más.

Creendo los dos niños que tal vez tendría hambre, de la manera más dulce y cariñosa, como buenos y compasivos que eran, le ofrecieron los restos de su merienda; pero el pobre niño, por única contestación, les señaló un pedazo de pan que tenía sobre una peña que estaba á su lado, como diciéndoles que no era aquella la causa de su aflicción. Entónces los niños le preguntaron por qué lloraba; pero esta pregunta no hizo más que aumentar sus lágrimas, que comenzó á derramar con más fuerza,

Víctor, lleno de compasión, corrió á buscar á su padre, diciéndole el encuentro que acababan de tener. No tardó mucho el buen padre en llegar al teatro de aquella infantil escena; pero poco más que lágrimas y sollozos pudo conseguir de aquel jóven pastorcillo, y sólo á fuerza de ruegos y cariños pudo sacarle estas palabras:

—Estoy castigado por mi papá.

El acento y el lenguaje del niño

causaron á todos una gran sorpresa, porque no guardaba relación con el traje que vestía en aquel momento. Así que la curiosidad fué aumentando cada vez más, especialmente en los niños.

El buen padre ponía de su parte todos los medios más á propósito para hacerle hablar; pero todos se estrellaban contra el silencio que él mismo se había impuesto, más por vergüenza que tenía de revelar la causa de sus lágrimas, que por terquedad ú orgullo.

Luego se presentó, sin embargo, una ocasión de salir del apuro en que se hallaban unos y otros; pues por una senda que se descubría entre un bosquecillo que estaba á corta distancia de aquel apacible lugar, divisaron un labrador que venía hácia el mismo punto donde se encontraba, y cuya robusta voz dejó oírse luego con estas palabras:

—Eduardo, ya es hora de *recoger* el ganado...

Al oír esto, el pobre niño se estremeció y rompió á llorar de tal manera, que daba compasión.

Luego comprendió el buen padre que aquel hombre debía saber lo que tanto deseaba, y le hizo seña para que se acercase, como lo verificó en el acto. Después de los saludos de costumbre, le manifestaron todos el interés que tenían de saber la causa de las lágrimas de aquel niño.

—No hallo inconveniente en ello, señor, contestó aquel hombre, dirigiéndose al buen padre; pero debo advertirle á V. que él, sólo él, tiene la culpa de lo que le pasa.

Entónces, el padre de aquellos niños, volviéndose al labrador, le dijo:

—Aquella sombra que está allí abajo me parece un lugar muy á propósito

para que podamos oír con más gusto la relación que V. va á hacernos de este pobre niño; así, pues, si V. no tiene inconveniente, le ruego nos acompañe.

Acordaron todos seguir tan buen consejo, y se trasladaron al punto indicado, que no era otro que el mismo donde habían merendado Víctor y Alvaro. Luego de acomodados en el lugar que á cada uno correspondía sobre el césped, comenzó el labrador su relación de esta manera:

—El niño que Vds. ven aquí en este humilde traje, tiene unos padres que gozan y disfrutan una buena fortuna allá arriba en la misma ciudad, donde supongo vivirán Vds., se llama Eduardo, y á pesar de sus diez años, no sabe leer sino muy mal y con gran trabajo.

Al oír esto, Víctor y Alvaro se miraron con cierta satisfacción; pues siendo de poca más edad que él, sabían leer y escribir con bastante perfección.

—Pues bien, señor, continuó el labrador, su papá procuró al principio ofrecerle premios, prodigarle al mismo tiempo todos cuantos cariños son imaginables, para cuando llegase á leer con alguna corrección; pero todo era en vano, ningún adelanto se notaba en él. Los días y los años iban pasando; ni las ricas promesas, y ni aún las amonestaciones repetidas producían la menor enmienda en su conducta. Se pasó luego á las amenazas y á los castigos, pero también fueron inútiles.

Cansados los maestros de su falta de aplicación, le hacían muy poco caso, llegando sus compañeros hasta mirarlo con desden, no conociéndole por otro nombre que el del *perezoso*.

Cuando llegaba á casa de vuelta de la escuela, en lugar de coger el libro y repasar la lección de la mañana,

para que no se le olvidase, se tendía en su sofá, y así se estaba con los brazos cruzados horas enteras.

—Permitidme, buen hombre, que os interrumpa... ¿Has oído, Víctor?... en eso se te parece algo el niño Eduardo; nunca repasa la lección cuando viene de la escuela.

—Pero si no tengo necesidad de eso, papá; la traigo siempre en la memoria; ¡como que la estudio bien antes de ir á la escuela!...

—No importa que la estudies antes; es preciso cuidar de que no se olvide, porque esto es lo principal; el estudio no consiste en pasar á la memoria, el caso es no *olvidar* lo que se aprende.

—Pues bien, papá, lo haré así como usted lo desea.

Los hijos de este buen padre eran sumisos y obedientes; por eso los amaba y quería con todo su corazón.

—Ahora continúe V. su historia, dijo volviéndose al labrador.

—Llegaba á tanto la indolencia y pereza de este niño, continuó el labrador que ni aún tomaba parte en los juegos, de sus compañeros de infancia, viéndose siempre sentado en un rincón medio dormido y sin hacer caso de nada.

Así fué pasando Eduardo años y años sin adelantar en cosa alguna; muchos creían que era tonto; pero luego se convencieron de que todo era debido á su pereza, porque cuando se proponía vencerla, que era muy rara vez, estudiaba y aprendía como el primero de la escuela.

Convencido su papá de esto mismo y de que era responsable para con Dios y la sociedad de la buena ó mala educación de su hijo, pues tenía una obligación sagrada de hacerle útil para algo, determinó, toda vez que no era

posible vencer su pereza y aversion al estudio, el que se dedicase á las faenas del campo, donde el hambre y la necesidad le obligarian de seguro á vencer la resistencia que oponia á todo trabajo, desterrando de su ánimo tan peligrosa costumbre, como era la de no hacer nada en todo el dia.

Y aquí teneis, señor, á un niño que podia comer y jugar con sus compañeros, en el traje propio de su clase, condenado á comer nuestro duro y amargo pan.

El pobre Eduardo, que, como hemos visto, así se llamaba aquel niño pobremente vestido, comenzó á llorar de nuevo con tal fuerza, que poco faltó para que Víctor y Alvaro le acompañasen en el llanto: enternecido al ver esto, el buen padre se le acercó diciéndole:

—Vamos, no te aflijas de ese modo, Eduardo; ya veremos cómo sacarte de ese estado; pero para esto es preciso que haya enmienda.

—¡Ah! sí, yo prometo á V. estudiar... estudiaré mucho... mucho... se apresuró á contestar el niño entre sollozos.

—No le haga V. caso, dijo el labrador; ya prometió lo mismo veinte veces á su papá... y despues... lo de siempre.

—Bien, pero ahora es otra cosa; desde hoy su promesa ha de ser cierta... yo respondo de él, y creo que no me dejará quedar mal... ¿No es verdad, Eduardo?...

—Sí, señor; yo haré todo cuanto me manden... pero, llevadme... llevadme donde está mi papá... ¿No es verdad que me llevaréis?...

Y el pobre niño, diciendo esto, se abrazaba á las rodillas del buen padre.

Víctor y Alvaro no sabian darse cuenta de lo que sentian en aquel momento... sus ojos estaban preñados de lágrimas prontas á salir en abundancia, á pesar de lo mucho que trabajaban por contenerlas; de cuando en cuando echaban una mirada á su padre, mirada que parecia decir:—Salva á ese niño de la triste situacion en que se encuentra.—Pero éste, que comprendió luego lo que pasaba en el corazón de sus hijos, se apresuró á consolarlos con las siguientes palabras:

—Tranquilizaos, hijos míos; hoy irá este niño á dormir á su casita al lado de sus papás; pero ántes tiene que darme su palabra de ser desde este dia un niño aplicado y obediente...

—¡Ah! sí, sí; estudiaré todas las lecciones... y verá V. qué pronto voy á leer de corrido...

—Eso es lo que yo deseo, y más que yo lo desean tus papás... Piensa bien á lo que te ha traído la pereza; desde este momento riñe con ella y acuérdate siempre de lo que te ha hecho llorar... El sol se ha puesto, hijos míos; ved cómo los pajarillos han enmudecido y descansan al abrigo de las hojas que pueblan esos árboles, para apresurarse á saludar mañana el astro del nuevo dia, y correr despues á buscar su pobre sustento; aprendamos todos de estos seres inocentes, y retirémonos tambien para aprovechar esas primeras horas de nuestras ocupaciones. Eduardo, disponte á venir con nosotros, te llevaré á tu casa, y haré que tus papás te perdonen.

El niño no sabia lo que le pasaba, lloraba y reia á un tiempo, y cogido de uno de los brazos del buen padre, no le dejó hasta llegar á la presencia de sus padres, que, movidos de sus lá-

grimas y promesas, y más que todo por las razones del padre de Víctor y Alvaro, fué admitido en su casa con gran contento y satisfaccion de todos cuantos habian tomado parte en aquella escena.

Segun voz que corria entre los niños de la ciudad donde ha tenido lugar la verídica historia que acabo de contar, Eduardo, llamado en otro tiempo el *perezoso*, era el niño más aplicado de todos cuantos iban á su escuela; por esta razon, sus papás le querian mucho y le regalaban bonitos y hermosos jugue-

tes, que eran la admiracion de sus compañeros, y eso que habia pasado muy poco tiempo desde el dia en que le encontraron Víctor y Alvaro haciendo el oficio de pastor.

Cuentan tambien que estos tres niños, desde entónces fueron amigos inseparables. Alguna vez los llevaba el buen padre al campo donde se habian conocido, para que tuviesen siempre presente lo que en él habia pasado: los mismos niños, con el parecer de su buen padre, llamaron á aquel campo *el campo del perezoso*.

R. SEGADE CAMPOAMOR.

LA FIESTA DE LA CONCEPCION

El dia 8 de Diciembre celebra la Iglesia el solemne misterio de la Inmaculada Concepcion; y España toda, desde la gigante basílica á la más humilde iglesita de las feligresías rurales, cubre de flores los altares de su Santa Patrona.

España ha sido desde muy antiguo la que más ferviente culto ha rendido á la Virgen, símbolo de pureza; y cuando el venerable Pontífice romano consagraba con una sancion auténtica el culto de la *Inmaculada*, erigiéndola un trono digno de su grandeza en la plaza de España, ese trono se le habia erigido ya cada español en lo más íntimo de su alma.

Patrona de España é Indias, de la real y distinguida órden de Carlos III, y de un gran número de gremios y cofradías; invocada en todos los actos solemnes por los tribunales de justicia

para validez del juramento, el nombre de la Virgen se halla de tal modo ligado en España á todas las instituciones de la vida, que, segun hemos dicho, no existe nacion alguna donde se haya rendido á la soberana Madre de Dios un culto tan verdadero, ferviente y apasionado.

¿Qué poeta habrá que no haya levantado su voz para saludar á la Reina de los Ángeles, á la Madre de las Misericordias?

¿Qué madre habrá visto enfermar al hijo de sus entrañas, que no haya vuelto los ojos á la Virgen Madre?

Todos los grandes hombres de todos los siglos, todos los doctores de la Iglesia, han cantado sus glorias, siendo uno de los más entusiastas el seráfico doctor San Buenaventura, que, bajo el nombre de *Salterios*, nos ha dejado esos inimitables cantos, de los que

tomamos al azar las siguientes estrofas :

«Cantad un cántico nuevo á María llena de gracias; cantad á María vosotros todos hijos de la tierra.»

«Porque ella aventaja en santidad á todos los ángeles, y en virtudes, maravillas y prodigios á todos los que han nacido de mujer.»

«La hermosura y la gloria brillan en su rostro; glorificadla, pueblos y naciones.»

«Cantad á María un cántico nuevo; regocíjense los cielos con su gloria, y alábenla las olas de la mar.»

«Alábenla el agua y el frío, y el calor, el resplandor y la luz.»

«Regocíjate en ella, ciudad de Dios, y que tus habitantes repitan sin cesar himnos de alabanza.»

«Eres huerto cercado, fuente sellada; tus gracias forman un paraíso. ¡Oh, María!

«Tú sola giras en derredor del orbe para venir en auxilio de todos los que te invocan.»

«Tus caminos son hermosos, y tus senderos pacíficos.»

«La claridad del sol te envuelve como una túnica, y doce estrellas forman en derredor de tu frente una deslumbradora diadema.»

«Fuiste arrebatada á las alturas entre un cerco de ángeles que cantaban y repetían tus himnos, guardada por coros de arcángeles, y coronada de rosas y de lirios.»

«Benedicid á María, potestades y principados, querubines y serafines, y virtudes y dominaciones.»

ROBUSTIANA ARMIÑO DE CUESTA.

LA NIÑA HUÉRFANA

Ya blanquea los montes
la nieve del invierno,
ya pasaron los días
felices y risueños
en que la niña oraba
de su madre en el seno,
las manos enlazadas,
los ojos en el cielo.

Ya la madre no cuida
de vigilar su sueño;
ya cuando ella despierta
halla el hogar desierto,
y no viene su madre
á cubrirla de besos
y á llenar de alegría
aquel triste aposento

Ya un año se ha cumplido
en que dejó este suelo
la madre en que adoraba
la niña de este cuento.
Ya murió su alegría,
ya cesaron sus juegos.
Ya sólo tiene flores,
amor y pensamientos
para su pobre madre,
que es su único consuelo.
Por ella cada noche,
como en mejores tiempos,
reza la hermosa niña
y eleva á Dios sus ruegos,
las manos enlazadas,
los ojos en el cielo.

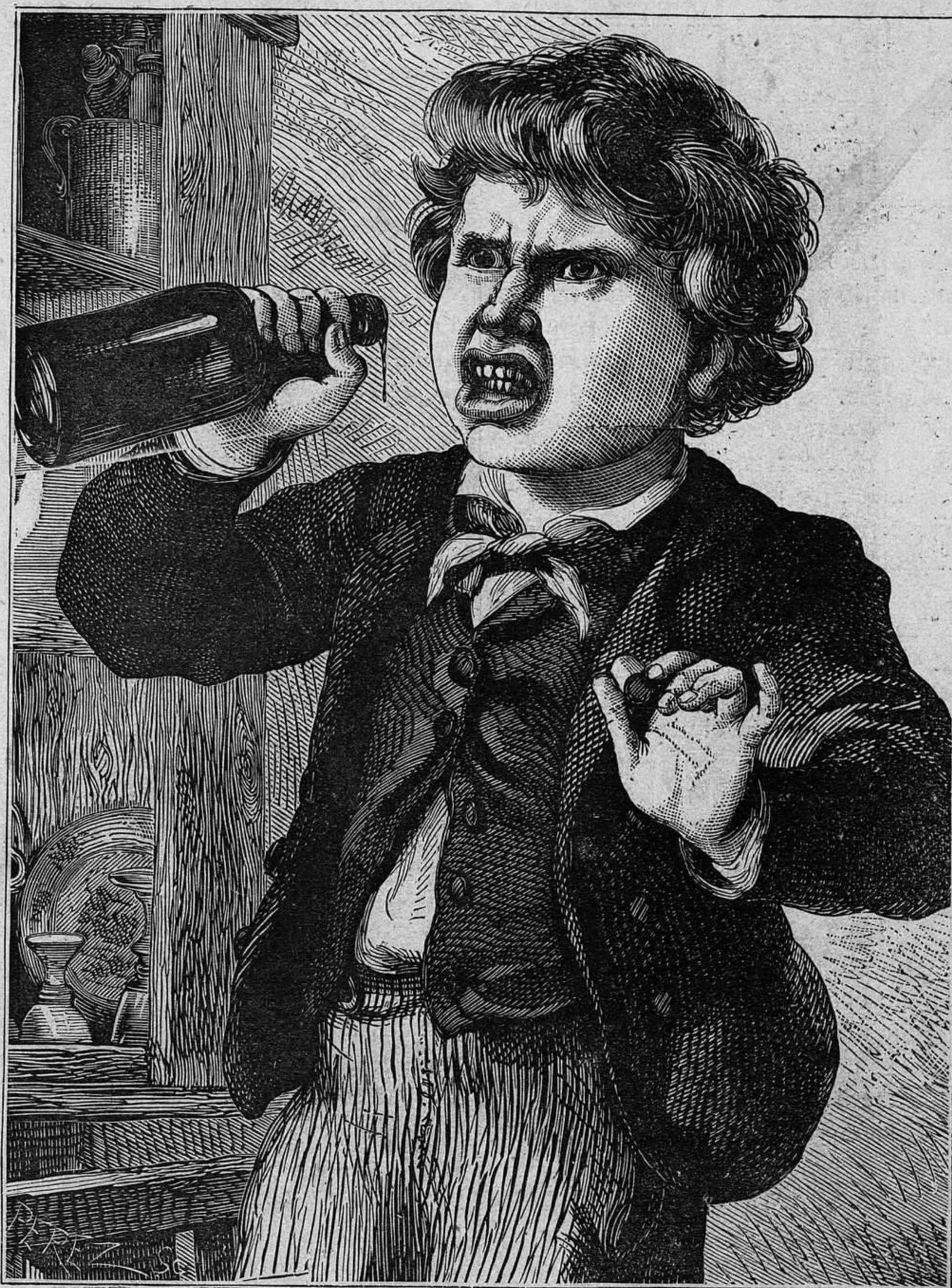
RICARDO SEPÚLVEDA.

CONCIERTO DE FAMILIA



La pobre señora no puede más. Todo el día la aturde el ruido de la trompeta, el tambor y los platillos que tocan bravamente sus niños, sobre todo ahora que se acerca Nochebuena, y dice á sus hijos:

—Lo que es el año que viene se acaban los tambores y las cornetas y todos esos juegos tan estrepitosos: el año que viene os suscribiré á Los Niños, que trae cuentos muy bonitos, y cosas que instruyen y deleitan, y vereis cómo estais mejor entretenidos que ahora, y con más reposo y más provecho.



EL CHICO GOLOSO Y TRAGON

RETRATOS INFANTILES

XI

EL CHICO GOLOSO Y TRAGON

Venancio es un chico insoportable que, no lo puedo remediar, me inspira profunda antipatía, y sería para mí una gran pesadumbre tener un hijo semejante.

Para que no creais que tienen disculpa sus defectos por la corta edad de Venancio, os presento su retrato, y así vereis que ya es un grandullon, en quien son indisculpables tan feas mañas.

Venancio es un gloton de primera categoría. Sin duda, cree el zángano, que los muchachos han nacido sólo para comer, porque él ni piensa en otra cosa, ni hay otra cosa que le guste tanto, ni está contento más que cuando come mucho, lo mismo que un animal, aunque hay muchos animales que, con admirable instinto, sólo comen aquello que les basta, y cuando sienten algún malestar se guardan muy bien de comer.

Venancio está malo muchas veces, como es natural en todo el que come con exceso; pues, por muy malo que esté, siempre está pidiendo de comer, y es preciso, para que no insista, decirle que se va á morir; y yo creo, Dios me perdone, que si por algo sentiría Venancio morir sería porque en el otro mundo no se come.

El muchacho no tiene desperdicio: si le gusta comer, no le gusta ménos beber, y, lo diré para que se avergüen-

ce, bien que yo dudo que tenga vergüenza, alguna vez se ha emborrachado, metiéndose en la despensa y echándose al colete media botella de Valdepeñas, y otro día se equivocó de botella y se tomó bonitamente, creyendo que era manzanilla, un trago de petróleo, con lo cual estuvo tan malo, que los médicos se vieron y se desearon para salvarle de la muerte.

¿Creeis que este percance le ha corregido?... No; le ha hecho más cauto para no equivocarse de botella.

El muchacho anda siempre acechando á ver si se descuida la mamá y deja abierta la despensa para entrar á buscar lo que no se ha perdido, y cualquiera presumiría, al ver con qué afán come lo que roba, que sus padres no le dan de comer lo suficiente.

Ver comer á Venancio en la mesa con sus padres, causa verdadero disgusto. Siempre pide más de todo, mira con envidioso afán los platos de los demás, creyendo sin duda que han sido más abundantemente servidos que el suyo, limpia los platos tan primorosamente como el perro, come el pan á bocados, y quien le ve comer, se pregunta dónde le caben al diablo del muchacho tanto arroz, tantos garbanzos, tanto de todo. Como no le preocupa otra cosa que comer mucho, no sabe comer; es decir, que come de una manera grosera, rebaña los platos, empu-

ja con los dedos lo que no coge fácilmente con el tenedor, y demuestra, en fin, el poquísimo caso que hace de las lecciones de buena educación que le da su padre.

A mis lectores, tan comedidos y prudentes, y tan atentos á los buenos consejos de sus padres y maestros, les parecerá imposible que haya niños como Venancio. Por desgracia los hay; que no es Venancio el único que yo he conocido.

Venancio no tiene sólo el vicio de la glotonería; tiene otro más feo aún, el de beber con exceso; vicio que no puede satisfacer tan fácilmente porque sus padres se lo estorban; pero es seguro que, á no ser que se corrija, llegará día en que se pueda llamar borracho á Venancio.

La glotonería es ocasion de muchas enfermedades, y ya ha probado esta verdad el mismo Venancio, y los hombres que tienen ese vicio suelen en general terminar sus días prematuramente, y la embriaguez es el estado más indigno y bochornoso en que puede encontrarse un hombre. Se expone á ser el ludibrio y la mofa de todo el mundo, y, lo que aún es peor, á cometer acciones vergonzosas, á causar daños considerables, de que luego tenga que arrepentirse cuando recobre la razón.

¡Cuántas veces os habreis reído, queridos niños, viendo en las calles hom-

bres borrachos, haciendo ridículas contorsiones, diciendo barbaridades, blasfemias acaso, y rodeados de *turba multa* de gente aviesa y mal intencionada que contempla con regocijo al miserable, y le llena de denuestos, y le arroja lodo ó le hace caer, que no necesita muchos empujones para caer el que está borracho!...

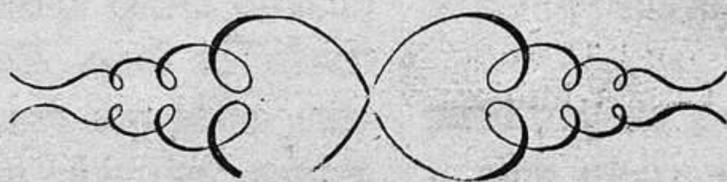
¿Puede haber situación más triste para un hombre, que, por humilde que sea su clase, debe tener la dignidad y el decoro propios de un ser racional?...

Muchos de los crímenes que se cometen tienen por origen el feísimo vicio de la embriaguez, y por él hay muchas familias perdidas, en la miseria, porque el borracho no es ni buen padre, ni buen hijo, ni buen obrero, y pierde á la vez que la inteligencia y el amor al trabajo, toda idea noble, y desconoce sus más sagrados deberes.

Compadeced, pues, á Venancio, que, pudiendo ser un muchacho trabajador, útil, simpático, es un gloton con sus puntas y ribetes de borrachin, holgazan, dormilon, torpe y sin vergüenza.

Como en estos retratos me he propuesto pintar todos los vicios, para que huyais de ellos, y todas las buenas cualidades, para que las imiteis, tiene que haber en la colección retratos feos y hermosos. Los primeros os gustarán menos seguramente, pero considerad que es útil que los conozcais.

C. FRONTAURA.



ATREVIDA Y CURIOSA



¡Miren la curiosa! Y si la cesta hubiera contenido una víbora, ¿no habría pagado muy cara su curiosidad y su atrevimiento?

Las niñas no deben ser curiosas, porque la curiosidad es un vicio, y todos los vicios son abominables y perjudiciales.

LA NIÑA CONVERTIDA EN GATA

CUENTO POR MME. GIRARDIN

(Continuacion)

III

LA METAMORFÓSIS

Es preciso haber pasado años dedicado á un trabajo con entera voluntad y gran fe para comprender la importancia que se da á ese trabajo que tantos desvelos ha costado; preguntad á un pintor si aprecia su cuadro, á un sabio si estima su descubrimiento y á un poeta si cambiaria por nada del mundo la inspiracion que le hace producir bellos versos. Pero los niños no saben nada de esto; solamente se preocupan de los muñecos, y áun estos los suelen romper apénas los cogen en sus manos. No comprenden tampoco que de una cosa que les parece muy fea dependen algunas veces la gloria, la fortuna y la dicha de alguien. Los niños bien educados deberian saber todo eso, y aprender desde la más tierna edad á respetar todo lo que ignoran.

Antoniano sabia que apartando aquel perol, ó caldero, y privándole de fuego por un momento, habia destruido todo el trabajo del brujo, y que todo lo hecho hasta entónces estaba perdido; en vano habia escudriñado todos los secretos de la ciencia; en vano habia velado dia y noche para llegar á un descubrimiento maravilloso; todo era inútil ya. Era preciso volver á empezar, precisamente cuando ya estaba el brujo tan cerca de ver el éxito de sus esfuerzos. Figuraos la desesperacion de aquel

mago cuando vió destruido su porvenir, inutilizado su trabajo; se puso lívido de cólera y lloraba de rabia como llora un brujo, poniéndose tan feo que daba horror verle, y vertiendo unas lágrimas negras como tinta que caian sobre la piedra blanca, dejando en ella una mancha indeleble. El furor le crispaba las manos, y en su infernal memoria buscaba las más horribles imprecaciones, las maldiciones más enérgicas para confundir á la desventurada niña, que se habia arrojado á sus piés pidiendo gracia y perdon.

De pronto, loco de furia, y como poseido de una inspiracion de venganza, cogió el fatal caldero, donde aún brillaban los dos siniestros ojos, y lanzó violentamente todo el contenido al rostro de la pobre criatura, que inclinó la cabeza y cayó desmayada.

El brujo dió unas cuantas vueltas y zapatetas, y pronunció las palabras mágicas que ya os he dicho al principio de esta historia.

Y Antonia ya no era Antonia; sus bonitas manos se habian convertido en unas patitas con uñas largas, casi garras; sus bellos ojos negros eran unos ojazos verdes enormes; sus cabellos se habian hecho ásperos, y en fin, la pobre Antonia, tan ufana de su belleza, no era más que una gata, y no de las más bonitas.

Cuando volvió de su desmayo y comprendió la metamorfosis que en ella se

habia verificado, su corazon se oprimió lleno de angustia, quiso hablar con aquella voz tan dulce y suave á la que su mamá contestaba siempre con amor infinito; pero ¡ay! ya no tenia voz, y *mayó*, pero con un tono por extremo desagradable, porque el brujo, que no habia hecho nunca gatas, no pudo darle tampoco la voz dulce y mimosa que tienen algunas gatitas zalameras; así, las tristes quejas de la novísima gata eran sumamente enfadosas.

Cuando Antonia, la gata, gemia más fuerte, exponiéndose á una caricia poco amorosa del brujo, oyó que en el patio gritaba su doncella:

—¡Antonia! ¡Antonia!

La gata comenzó á saltar, llena de inquietud, buscando por dónde salir al patio.

—Ya te están llamando, exclamó el brujo, riéndose de una manera que hubiera hecho temblar á un escuadron de coraceros, y que demostraba su perversidad; anda, anda, minina, verás qué contenta se pone tu madre cuando te vea tan guapa... Ese traje te estorbará ahora un poco, pero ya te irás acostumbrando, tonta, porque ya no volverás á tu primera condicion de niña bonita hasta que alguno te diga:—*Antonia, yo te perdono*,—y te aseguro que no seré yo quien te perdone nunca.

Y diciendo estas palabras, el condenado brujo dió un puntapié á la gata, que saltó por la ventana al patio, cayendo aturdida por el dolor y la rabia.

IV

HAY PERSONAS Á QUIENES NO GUSTAN LOS GATOS

—Antonia, Antonia, que el almuerzo está en la mesa.

—Señorita Antonia, que llama la señora madre.

—¿Ha visto V. á la señorita Antonia? preguntaba la doncella al portero.

—No, no ha salido por aquí.

—Pero, ¿dónde estará?...

—¡Antonia! ¡Señorita Antonia!

Y la señorita Antonia, convertida en gata, corria por la escalera arriba, entraba en su casa, y ya iba á entrar en el comedor cuando su doncella le pisó una pata y exclamó:

—¡Jesus! ¿de dónde ha venido este gato?... ¡Fuera, fuera! ¡como me gustan á mí tanto los gatos!... ¡Malditos sean ellos que todo lo arañan y destrozan!...

Y la pobre Antonia tuvo que echar á correr, porque ya la iba á sacudir la doncella.

Tristemente bajaba la escalera, cuando su primo, que salia del comedor con un hermoso pastel en la mano, gritaba:—Antonia, primita, ven pronto á almorzar, que hay unos pasteles muy ricos.

Antonia, olvidando que era gata, se acercó á su primo, y quiso coger el pastel, pero el primito, asustado, empezó á gritar:—¡Ay! ¡Ay! ¡que aquí hay un gato muy feo, que me quiere comer el pastel!

La pobre gata no tuvo más remedio que marcharse, porque el primo ya habia cogido un palo y la amenazaba con él. Fué á refugiarse en su alcoba, y se acostó en su cama, creyendo que allí estaria segura. Pero apenas habia entrado cuando entró la doncella, que traia el vestido de color de lila, perfectamente planchado y aderezado, aquel fatal vestido que habia causado su desgracia.

—Antonia, dice la doncella; vamos,

no sea V. pesada, y salga V. á vestirse, á ponerse el vestido de color de lila, que ya lo he puesto yo flamante.

La doncella buscaba á la niña detrás de la puerta, en el armario, debajo de la cama, creyendo que se habria escondido; al mismo tiempo arreglaba el cuarto, ponía todas las cosas en orden, y por fin fué á levantar la cama, y entonces vió á la gata muy acurrucadita debajo de la colcha.

—Pero, animalucho, exclamó furiosa, ¿quién demonios te ha traído aquí? ¡Pues apuradamente me gustan á mí los gatos! ¡Anda con dos mil de á caballo!

Y descargaba sobre la gata duros golpes con el plumero.

Antonia, aterrorizada, escapó lo más pronto que pudo, y en viéndose fuera del alcance del plumero con que le sacudía la doncella, fué á colocarse delante de la puerta del tocador de su madre, á esperar que esta saliera.

—A pesar de como me ha puesto ese brujo, pensaba Antonia, mamá me reconocerá, estoy segura; ella me comprenderá, ella adivinará lo que me pasa, como lo adivinaba cuando yo era pequeñita, según me ha dicho tantas veces, y á lo ménos impedirá que me hagan daño.

V

UNA TRISTE FIESTA

Allí estaba Antonia llena de pesar, cuando vió venir á sus primitas, tan alegres, tan bien vestidas, trayendo cada una un ramo en la mano.

—La tía no se ha levantado, dijo la una á la otra; mejor, así, en cuanto se levante, verá que hemos venido las primeritas á darle los días.

—¿Dónde está Antoñita? preguntó la otra al criado.

—Debe estar en su cuarto, contestó el criado, que no sabía lo que habia pasado.

—Puede que esté concluyendo de bordar el pañuelo para su mamá; ya decía yo que no lo tendria concluido; pues nosotras ya tenemos el juego de puños y cuello bordado para nuestra querida tía.

Tambien la pobre Antonia tenia concluido su pañuelo, y se apenaba más y más oyendo á sus primas, porque, ¿cómo podia ofrecer á su mamá aquel obsequio?...

Os aseguro que en aquel momento se sentia muy desgraciada; pero todavía le faltaba mucho que sufrir. Al cabo de una hora, llamó la mamá de Antonia, y cuando iba á entrar en la habitacion otra de las doncellas, la de Antoñita corrió á decirle: — Si la señora pregunta por la niña, dile que he salido con ella á comprar flores; así tendré tiempo de buscarla. ¡Yo no sé dónde está; Dios mio, si le habrá sucedido algo!... ¡La Virgen me valga! temiendo estoy que se haya caído en el pozo. ¡Jesus! no lo quiero pensar, me moriria de pena.

Antonia, conmovida viendo llorar á su doncella, olvidando que no la podria reconocer, quiso hablarla y consolarla; pero la doncella la rechazó, bien que no la maltrató ni amenazó, preocupada, como estaba, de la pérdida de su querida señorita.

Pronto la alarma cundió por la casa, y nadie tuvo serenidad para ocultar su inquietud; la mamá de Antonia, no viendo volver á su hija, y notando el azoramiento y zozobra de los criados, empezó á temer alguna desgracia, y

corrió á la alcoba de la niña, creyendo que estaba enferma.

Cuando Antonia vió pasar á su madre, corrió tras ella, esperando ser reconocida; pero un perro ratonero, que nunca se separaba de la mamá de Antonia, apénas vió á la gata, empezó á ladrar furioso, y con esto acudieron otros perros que habia en la casa, rodearon á la gata, la acosaron y persiguieron de tal modo, que Antonia no tuvo más remedio que subir por la escalera y salirse al tejado.

Entre tanto, esperaban todos en la casa el regreso de la doncella de Antonia, creyendo que ella traeria á la niña; pero la doncella no volvia, no se atrevia á presentarse delante de la señora.

Esta llamaba á su hija con desgarradoras voces.

—Hija de mi alma, exclamaba, ven, ¿dónde estás?... no te reñiré, aunque hayas hecho algo malo... Hija mia, ¡por Dios! ven.

Y recorría toda la casa, el patio, el jardín, preguntaba á todo el mundo, mandaba á sus criados que recorriesen la ciudad entera... Daba lástima ver á la pobre madre, desesperada, loca.

Ya habia preguntado á todos sus parientes y amigos, á la policía, á los que pasaban por la calle, y nadie daba razon de Antonia.

—¡Ha muerto! decia, ¡ha muerto y me lo quieren ocultar!.. ¡Hija de mi vida!... ¡yo quiero morirme si ha muerto mi hija!...

Partia el corazon oír á la buena señora, y Antonia, que la oía desde el tejado, podeis comprender el horrible tormento que sufriria.

En el exceso de su dolor, imaginó ir á buscar al brujo, á ver si se apiadaba de ella y la devolvía su forma primitiva, pero el brujo habia desaparecido.

Pasó el dia y Antonia estuvo toda la noche en el patio mirando á las ventanas del cuarto de su madre y presenciando el sobresalto, la pena, la alarma de todos los que estaban en la casa. Varias veces intentó entraren el cuarto de su madre, pero el ratonero estaba alerta y no se lo permitia.

Y miéntras, la mamá estaba accidentada, en gravísimo estado.

Antonia pensó escribir en la pared para dar aviso de su situacion, pero no tenia con qué; probó á escribir con las uñas; pero ¿quién habia de leer ni entender lo que ella escribiera? ¡Ay! ¡cuánto hubiese dado ella por poder escribir en un papel: «¡Mamá, no he muerto, es que me he convertido en gata!»

(Se continuará.)

EL QUINTO NO MATAR

Nuestro querido amigo y colaborador el ilustre poeta D. Ramon de Campoamor nos ha facilitado para Los Niños un poemita que lleva el título con que encabezamos estas líneas. En el número próximo insertaremos completa esta delicada y tierna composicion, tan bella como todas las del autor de las incomparables *Doloras*.

Es una gran honra para nosotros ser los primeros en dar á conocer al público el bellísimo poema *El quinto no matar*.